

Reunido el gobernador de Barcelona, coronel Lorenzo Fernández de la Hoz á la fuerza del bárbaro Zuazola, atacó á los patriotas en Maturín al frente de una columna de 1,500 hombres. Piar mandaba la plaza, en ausencia de Bernardo Bermúdez, asistido por el ingeniero Azcue. Sólo contaba con 500 hombres para la defensa. Después de 24 horas de resistencia, hubo de emprender la retirada. Pero antes de ceder el terreno, llevó un ataque de caballería á la brusca, consiguiendo desordenar completamente el enemigo (marzo 20). Rehecho y reforzado Fernández de la Hoz, atacó de nuevo á Piar con 1,600 hombres, y fué otra vez batido completamente, replegándose en derrota sobre sus reservas (abril de 1813). Los patriotas, preponderantes, aunque todavía con cortas fuerzas amenazaban á Cumaná y Barcelona y la Guayana. La expedición de Mariño, que al principio se consideró una calaverada por los realistas, alarmó seriamente á Monteverde, que por este tiempo se ocupaba en preparar la invasión á Nueva Granada. Sus aduladores, le habían hecho creer que era un gran guerrero, y lleno de vanidad, reunió un ejército de 2,000 hombres, y se puso en marcha sobre Maturín, intimando rendición en término de seis horas, pasadas las cuales « entregaría

» en las mutilaciones ». — En la « Gaceta de Caracas », núm. 4 de 1813, se publicó una relación testimoniada de las matanzas de Zuazola en Aragua, á que Bolívar hace referencia en su carta al gobernador inglés de Curaçao, antes citada. — El empecinado realista Díaz, en sus, « Recuerdos » pág. 134, al refutar la referida carta, excusa transcribir, — como lo hace en el resto del capítulo, — el texto de Bolívar, y se limita á decir : « Aragua recibió á Piar con música y demostraciones. Horas » después, Zuazola y Boves, destrozada la división de Piar, aun tuvieron » que pelear con los miserables habitantes encerrados en sus más miserables chozas. Este crimen, atrajo sobre él sólo el saqueo, la » muerte de algunos temerarios y el incendio de las chozas de los que » más se obstinaron » (*peleando encerrados en sus chozas!*) — Torrente, que como queda dicho, sigue servilmente el texto de Díaz, en este punto, como en la matanza de San Juan-de-los-Morros, aparta los ojos y ni siquiera nombra á Zuazola, lo que es una prueba negativa de mayor valor que todas las demás.

la población al furor de sus soldados ». Piar, al frente de 150 infantes, 300 hombres de caballería y dos piezas de artillería, contestó que se defendería hasta la muerte en honor de la libertad. Emprendido el ataque de la posición, las tropas de Monteverde se desordenaron bajo los fuegos certeros de la infantería y artillería de plaza. Una carga de caballería por el flanco llevada por Piar en persona, completó la derrota. Monteverde « escapó de milagro », según propia confesión oficial, dejando en el campo más de 400 muertos, su artillería, armamento, municiones, bagajes y hasta la caja militar (mayo 25). La defensa del territorio invadido, quedó confiada al mariscal Cajigal, que limitó sus operaciones á la más estricta defensiva en Barcelona. Los proscritos triunfantes, tomaron la ofensiva y convergieron sobre Cumaná.

III

La isla de Margarita, frente á la extremidad de la península de Arayo, que ocupa al norte casi la misma posición que la Trinidad frente á la de Paria al sud, efectuó su levantamiento por este mismo tiempo, exasperada por la tiranía de los mandones españoles y estimulado su patriotismo por los sucesos de Cumaná. Esta isla, hasta entonces oscura, con una escasa población en una superficie de 300 kilómetros cuadrados, estaba destinada á representar un gran papel en la historia de la lucha por la independencia. Separada del continente por un brazo de mar como de cincuenta kilómetros, á la altura del golfo de Cariaco, — que es al norte la repetición del golfo Triste al sud, — y dentro del cual está Cumaná, su dominio era de la mayor importancia para los expedicionarios de tierra firme, así por su posición como punto de ataque y de retirada en comunicación con el exterior, cuanto por la

índole de sus habitantes, que avezados á los trabajos de la mar, podían cooperar á la insurrección con elementos navales, combinando operaciones á lo largo de las costas. Esta isla, está dividida en dos partes por una montaña, que la corta en dos valles, uno al sud y otro al norte, que sólo comunican por un estrecho desfiladero fácil de defender. El principal puerto de la parte meridional, está defendido por el castillo de Pam-patar, y en el centro, su capital, la Asunción, dominada por la fortaleza de Santa Rosa. La parte norte, lleva el nombre de Juan Griego, con un buen puerto sobre el mar Caribe, tenía una casa fuerte para su defensa. — Esta descripción, necesaria para la inteligencia de los memorables sucesos de que fué teatro la Margarita, hará comprender la importancia de su posesión, así para los independientes como para los realistas.

Mandaba por entonces en Margarita en calidad de gobernador, el coronel Pascual Martínez, un tiranuelo de la ralea de Cerveris, que había implantado allí el mismo sistema terrorista de prisiones, azotes, secuestros, destierros, y muerte sin forma alguna de juicio y con lujo de vilipendios. La audiencia había reprobado sus tropelías, y mandado poner en libertad á los perseguidos por él. Enfurecido, declaró, que fusilaría á los reos absueltos por la audiencia que se atrevieran á pisar su territorio. Entre sus víctimas contábase un hombre de sangre mezclada, pescador en su origen y á la sazón uno de los principales propietarios de la isla, considerado por los isleños como su caudillo natural. Era el tipo grosero pero enérgico del héroe popular, de valor estoico y ferocidad nativa, con rasgos de generosidad, en quien las vehementes pasiones de su indómito carácter, se combinaban con una astucia fría y una ambición aventurera. Llamábase Juan Bautista Arismendi. Perseguido al tiempo de la restauración, habíase ocultado. El gobernador hizo prender á su mujer y á sus hijos, y amenazó fusilarlos si no declaraban

su paradero. Arismendi se presentó. Sus bienes fueron secuestrados, su familia quedó en la miseria, y él fué enviado preso á la Guayra. Arismendi juró vengarse. Amnistiado, y de regreso á la tierra natal, fué nuevamente encerrado en un calabozo. Los margariteños, se sublevaron en masa. Martínez tuvo que encerrarse con la guarnición en el castillo de Pam-patar, donde fué sitiado y rendido. Nombrado Arismendi gobernador de la isla, cumplió su terrible juramento : el gobernador Martínez y veinte y nueve españoles que cayeron con él prisioneros, fueron pasados por las armas. La guerra á muerte por una y otra parte, empezaba á ser la ley del vencedor.

Inmediatamente se puso en comunicación Arismendi con los expedicionarios de tierra firme y les ofreció todos los recursos de la isla para cooperar á su empresa. Mariño, que había tomado la ofensiva resueltamente, y sitiaba á la sazón la plaza de Cumaná, le pidió una escuadrilla para dominar el golfo de Cariaco y bloquear el puerto. Arismendi, con gran actividad, y con la influencia que tenía entre la gente de mar, consiguió armar en breve tiempo tres goletas y once embarcaciones menores, que al mando del italiano José Bianchi envió á Cumaná, juntamente con un cargamento de armas y municiones que puso á disposición del jefe de la insurrección de oriente. La plaza de Cumaná, quedó de este modo, sitiada por tierra y bloqueada por mar.

IV

Después de la derrota de Monteverde en Maturín, los expedicionarios, con el prestigio de la victoria, considerablemente engrosados y bien armados, convergieron según queda dicho sobre Cumaná. Los realistas á órdenes del gobernador

Autoñanzas, desmoralizados y sucesivamente quebrados en diez pequeños combates, se encerraron en número de ochocientos hombres en la capital de la provincia, bien fortificada y artillada con 40 cañones. Mariño estableció el asedio y lo estrechó progresivamente formando una línea de circunvalación como de quince kilómetros. Empero, el sitio se habría prolongado indefinidamente, desde que los sitiados tenían libres sus comunicaciones por la parte de la marina. El oportuno y eficaz auxilio naval de los margariteños, hizo escasear los víveres en la plaza, y los sitiados desmayaron. Intimada la rendición á Antoñanzas, contestó con una baladronada; pero amilanado, no pensó ya sino en la fuga. Al efecto hizo embarcar á bordo de la escuadrilla que tenía en el golfo, cuanto pudo, con el pretexto de ir en busca de auxilios, pero en realidad para salvarse aprovechando de algún descuido de la flotilla bloqueadora (31 de julio). Dejó encomendado el mando del punto á su segundo, quien considerándose perdido, hizo otro tanto en las embarcaciones que aun había en el puerto, mientras negociaba una capitulación con los sitiadores á la vez que clavaba la artillería, y se reunió á Antoñanzas, que no había podido burlar la vigilancia de Bianchi. En tal situación, resolvieron á todo trance aprovechar una ventolina y salir á la mar con ocho velas. Atacados á la salida por la flotilla margariteña, fueron apresados cinco de los buques españoles, salvando sólo tres, y uno de ellos con Antoñanzas herido en el combate, de cuyas resultas murió poco después en Curaçao.

Dueños los expedicionarios de Cumaná, marcharon sobre Cerveris, quien se replegó intimidado; pero antes de hacerlo, mandó fusilar al comandante Bernardo Bermúdez, que había caído prisionero en su poder, el que habiendo salvado moribundo de la ejecución, fué ultimado por su orden en el hospital. Piar con una fuerte columna, se apoderó de Barcelona. Cajigal que la defendía, noticioso de que Bolívar invadía por

el occidente se retiró por tierra á la Guayana (agosto de 1813). Al pasar el Orinoco, Boves, y un canario llamado Francisco Tomás Morales destinado á la celebridad, que lo acompañaban, pidieron quedarse en los llanos para hostilizar á los rebeldes. Dióles el general español cien hombres y algunos recursos. Este fué después el núcleo de un ejército formidable que debía hacer desaparecer por segunda vez la república de Venezuela.

José Francisco Bermúdez, al frente de otra columna, ocupó Cariaco, Carúpano, y Río Caribe sobre la costa de Paria. Poseído de la furia de la venganza por la muerte de su hermano, pasó á cuchillo cuantos realistas cayeron en sus manos, como lo había jurado, adquiriendo desde entonces la fama de cruel y sanguinario á la par de valiente. Antes, al tiempo de ocupar la plaza de Cumaná, los vencedores estimulados por él, habían hecho pasar por las armas veinticinco prisioneros de los más señalados, en represalia de los sufrimientos que habían hecho experimentar á los patriotas. La guerra á muerte tomaba así el carácter de una guerra de exterminio sin misericordia.

De este modo fué reconquistado por los independientes, en menos de ocho meses, todo el oriente de Venezuela. Mariño, fué reconocido como jefe supremo y dictador de las provincias orientales de Cumaná, Barcelona y Margarita, y Piar por su segundo. Al mismo tiempo (agosto de 1813), Bolívar entraba triunfante en Caracas y era aclamado dictador en el occidente, después de libertar las provincias centrales de Mérida, Trujillo, Barinas y Caracas, en una de las campañas más extraordinarias de la época, que puede hasta cierto punto parangonarse bajo algunos aspectos con la primera campaña de Bonaparte en Italia.

V

Al finalizar el anterior capítulo (véase cap. XXXVII, § XII), dejamos á Bolívar en los valles de Cúcuta, al frente de 1,000 hombres, triunfante de la división realista del coronel Correa que los ocupaba, y reunido á las fuerzas de Pamplona mandadas por Castillo. En esta posición, tomaba por la espalda á Santa Marta, por el flanco á Maracaibo y Coro, y amenazaba de frente las provincias de Mérida y Trujillo, manteniendo en jaque á la de Barinas (marzo de 1813). Ocupábase en gestionar ante el gobierno de Nueva Granada la autorización correspondiente para invadir y llevar adelante la empresa de libertar á su patria, cuando se le presentó un joven venezolano, abogado y coronel, que había sido miembro del congreso de Caracas. Era un hombre instruído y de talento, pero de una exaltación patriótica que rayaba en el frenesí. Enfurecido por los excesos de Monteverde y sus seides, había publicado en Cartagena un plan de exterminio de la raza española, que firmaron con él algunos proscritos y varios aventureros extranjeros. Consistía, en la organización de un cuerpo juramentado de exterminadores « con el principal fin de destruir » en Venezuela la raza maldita de los españoles europeos y » los isleños canarios, de manera que no quedase uno solo » vivo », y adjudicarse la mitad de sus bienes, ofreciendo grados y premios á « los que presentasen de veinte cabezas » de españoles para arriba ». Bolívar y Castillo prestaron su aprobación á este plan, con la única salvedad de « matar por » el momento á los que se tomasen con las armas en la » mano », y someter á la aprobación del gobierno de la Unión lo relativo á la distribución de caudales y cabezas cortadas (6).

(6) Díaz : « Recuerdos de la Revol. de Caracas », págs. 69 y 72. — Res-

Briceno, con esta credencial de sangre, abrió de su cuenta campaña sobre los llanos de Casanare, con una gavilla de ciento cuarenta juramentados. Pocos días después, Bolívar y Castillo recibían una carta, cuyas primeras líneas estaban escritas con sangre, y las cabezas de dos españoles como primeros trofeos de la guerra á muerte por ellos sancionada. Ambos rechazaron con indignación el horrible presente, sobre todo Castillo, que repudió enérgicamente toda solidaridad con el hecho. Derrotado Briceno por fuerzas superiores y tomado prisionero, fué juzgado por un consejo de guerra y fusilado en Barinas conforme á la ley de la guerra. Este antecedente de la guerra á muerte que iba á abrirse, tiene su importancia histórica, porque precisamente la ejecución de Briceno fué una de las causales que dió Bolívar para declararla después, cuando aún no había tenido lugar.

En el intervalo de este sangriento episodio, se habían formalizado los convenios para la reconquista de Venezuela entre el gobierno de la Unión y Bolívar. La república de Venezuela sería restaurada bajo los auspicios de la Nueva Granada en su primitiva forma federal, y sus antiguas autoridades repuestas. El ejército neo-granadino, conservaría simplemente el carácter de libertador, sin inmiscuirse en el orden interno. La República de Venezuela restablecida, pagaría los gastos de la expedición. Tales fueron las condiciones que suscribió Bolívar, y que juró cumplir fielmente.

Resuelta la invasión, Bolívar ordenó á Castillo avanzar con 800 hombres sobre Correa, fortificado con otros tantos en la angostura de La Grita. El jefe patriota atacó resueltamente la posición enemiga, flanqueándola, y después de un reñido

trepo, en su « Hist. de la Revol. de Colombia », omitió este hecho en la primera parte de su obra, pero en presencia del documento textual exhibido por Díaz, confesó francamente su autenticidad en la segunda parte, condenando severamente el plan de Briceno.

combate, obligó á sus sostenedores á retirarse en derrota hacia Trujillo, con abandono de su artillería desmontada, y á recostarse á Maracaibo. Envanecido Castillo con su victoria y celoso de su jefe, pretendió cruzar los planes de éste, representando al gobierno federal que la expedición tendría un mal éxito del modo que la llevaba. Retiróse luego con parte de sus tropas, y presentó su renuncia en la creencia tal vez de que sería preferido como neo-granadino. El presidente Camilo Torres no trepidó. Optó por Bolívar, y con el grado de brigadier, le confirió facultad para libertar las provincias venezolanas de Mérida y Trujillo, con prevención de no pasar más adelante y esperar las instrucciones que le llevaría una comisión del congreso, la que representaría el papel de los convencionales militares en los ejércitos de la revolución francesa.

Las fuerzas con que contaba Bolívar para acometer su ardua empresa, muy disminuídas por la separación de Castillo, constaban de dos batallones en cuadro (como 100 hombres cada uno), otro casi completo y un piquete de artilleros, sumando un efectivo total que apenas alcanzaba á 600 soldados. Todo su material se reducía á 5 obuses y 4 piezas de campaña, 1,400 fusiles de repuesto y 140,000 cartuchos. Las fuerzas que tenía que vencer alcanzaban á cerca de seis mil hombres, distribuídos de tal manera que cualquiera de las divisiones enemigas podía batirlo con doble número. Sobre el litoral y en el valle de las vertientes occidentales de la cordillera en que operaba, aun le hacía frente Correa con los restos de su división, cubriendo á Maracaibo, donde mandaba Miyares, que contaba con una fuerte guarnición, sostenido por los partidarios armados de la comarca y en comunicación con Santa Marta. Otra división de 400 hombres ocupaba Trujillo. Coro, estaba defendido por un cuerpo de tropas regladas de 400 hombres al mando del inteligente general Ceballos. Una columna de 900 hombres situada en Barquisimeto, cubría á Coro y

protegía á Valencia en el fondo del valle. En las vertientes orientales de la sierra y en los llanos centrales, estaba Tizcar, con un cuerpo de ejército como de 1,300 hombres dominando la provincia de Barinas, sostenido por una columna de observación de 900 hombres al mando del canario José Yáñez en los llanos de Casanare. En San Carlos, protegía á Tizcar, y cubría á la vez á Valencia y Caracas, — que contaban con fuertes guarniciones, — otra columna de 1,200 hombres. Á retaguardia de todo, estaba Monteverde con la reserva que no bajaba de 700 hombres, con el apoyo de la plaza fuerte de Puerto-Cabello. Empero, tres meses después, el centro de Venezuela estaba reconquistado, como ya lo estaba el oriente, y Bolívar entraba triunfante en Caracas.

VI

La primera marcha invasora de Bolívar por las vertientes occidentales de la cordillera oriental, que cruza el territorio de Venezuela, fué una serie de relámpagos, que terminó con un rayo. Apoderóse sin resistencia de Mérida, que le ofreció el contingente de un batallón de 500 plazas y un escuadrón de caballería (30 de mayo). Adelantó la vanguardia, fuerte de 500 hombres, á órdenes del comandante Atanasio Girardot, gallardo oficial neo-granadino que se había distinguido en las primeras campañas de la revolución, y ocupó Trujillo. Desprendió con un grueso destacamento al comandante Luciano D'Eluyar, otro valeroso oficial granadino de la escuela de Girardot, y obligó á Correa que se había atrincherado en Pomenesa, á refugiarse en Maracaibo. Una gruesa división enemiga de 400 infantes y 50 jinetes, que defendía Trujillo al mando del marino español Manuel Cañas, se replegó á Carache, pueblo decidido por la causa del rey. Girardot con su